

culares que inspiren confianza a la Consiliatura, pero no se concederá título de bachiller a quien no haya estudiado y ganado por lo menos cuatro cursos en el Colegio, a menos que se sujete al examen de *revisión* de que trata el artículo siguiente.

Art. 5.º El alumno que haya estudiado por fuera, y a quien le falten menos de cuatro asignaturas para concluir bachillerato, podrá matricularse en ellas y obtener el título, siempre que, en lugar de los cursos que le faltan para completar cuatro, presente otros tantos exámenes, sacados a la suerte entre las materias siguientes: castellano, latín, francés, geometría, física y metafísica.

Art. 6.º Por el examen de cada materia se pagarán los derechos señalados en el Colegio para los exámenes de habilitación.

Art. 7.º Todos los exámenes de que habla este acuerdo, se verificarán en el mes de marzo de cada año ante un Consejo de catedráticos nombrados por la Consiliatura.

Dado en Bogotá, a 26 de septiembre de 1912.

R. M. CARRASQUILLA—JENARO JIMÉNEZ—CARLOS UCRÓS—LIBORIO ZERDA—*José A. Montalvo*, Secretario.

MI PRIMOGENITO

¡ Oh Dios, no fueron vanos mis anhelos!

No se extinguió mi extirpe generosa:

Allí el retoño está —temprana rosa

Que se abre a la caricia de los cielos.—

Une el recio vigor de sus abuelos

A la dulce ternura de mi esposa,

Y ágil es como alegre mariposa

Que el aire cruza en caprichosos vuelos.

Su boca a balbucir principia apenas,

Pero ya sueño en él al varón fuerte

Nacido para atléticas faenas.

¡ Señor, será tu siervo hasta la muerte!
¡ Patria, lleva mi sangre entre sus venas
Y verterla sabrá por defenderte!

1912

R. ESCOBAR ROA

HONRAR A PADRE Y MADRE

Una numerosa sociedad de parientes y amigos se hallaba al rededor de la mesa del doctor Fuentes, el práctico tan conocido, que casaba su hija Andrea con su colega y amigo, el sabio Pedro Morales.

En medio de las plantas raras, de los tocados de fiesta, y de todo el lujo mundano, el hermoso rostro de la joven desposada estaba radiante de alegría. Se sentía feliz al entrar en la villa, apoyada en el brazo fiel del que había escogido libremente, y de ser la compañera del profesor insignificante, cuya ciencia no igualaba, sin embargo, a su exquisita distinción y a la generosidad de sus sentimientos.

No menos radiante estaba el nuevo desposado: su joven esposa poseía a la vez la belleza que encanta, el espíritu que cautiva, la riqueza que hace feliz la vida, y la virtud que añade una auréola de pureza a todos estos brillantes dones.

El porvenir les parecía una visión de paz inalterable, porque eran cristianos sus corazones. Por la mañana habían recibido juntos el pan de vida, y la llama de su corazón se había acrisolado en los santos ardores del amor divino, principio sobrenatural de todo amor digno de este nombre.

Sin embargo, un observador atento hubiera podido percibir en el rostro del nuevo desposado una fugitiva expresión de sufrimiento. No lejos de él, el abogado Salas, su primo, el único representante de su familia en aquella reunión, parecía pensativo también. Andrea observó que hasta su tono, siempre cortés, tomaba por momentos una nota glacial cuando se dirigía a su marido. Era una sombra en